



LOS TRAPENSES, LOS ROJOS Y TÚ

M. RAYMOND

1

M. RAYMOND, O. C. S. O.

Un trapense escribe:

LOS TRAPENSES, LOS ROJOS Y TÚ

PARA TODOS LOS CRISTIANOS



COLECCION TRAPENSE



COLECCION «TRAPENSE»

OBRAS DEL R. P. M. RAYMOND, O. C. S. O.

1.—UN TRAPENSE ESCRIBE:
LOS TRAPENSES, LOS ROJOS Y TU. (Para los cristianos.)

2.—UN TRAPENSE EXCLAMA:
¡LA VIDA ES UNA DIVINA NOVELA! (Dedicado a las mujeres.)

3.—UN TRAPENSE PREGUNTA:
¿ES VUESTRO HOGAR COMO ESTE? (Dedicado a las familias.)

(Diversos títulos del mismo autor, en preparación.)

DEL MISMO AUTOR:

DIOS BAJA AL INFIERNO DEL CRIMEN. (Impresionante relato de la conversión de un criminal condenado y ejecutado en la silla eléctrica.)

M. RAYMOND, O. C. S. O.

UN TRAPENSE ESCRIBE:

LOS TRAPENSES, LOS ROJOS Y TÚ

(PARA LOS CRISTIANOS)

Traducción y adaptación de la 8.ª edición norteamericana con el título original «Trappists the reds and you», por
FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL



EDICIONES STVDIVM DE CULTURA
MADRID-BUENOS AIRES

NIHIL OBSTAT:

REV. GABRIEL M. O'CONNELL, O. C. S. O.
REV. ANTHONY M. CHASSAGNE, O. C. S. O.
Censores.

NIHIL OBSTAT:

DR. VICENTE SERRANO,
Censor.

IMPRIMATUR:

JOSÉ MARÍA,
Ob. Aux. y Vic. General.
Madrid, 10 diciembre 1953.

IMPRESO EN ESPAÑA

1954

PROLOGO

EDICIONES STVDIVM DE CULTURA me ha *honrado de nuevo al confiarme la traducción de una admirable serie de opúsculos debidos a la pluma magistral del Padre Raymond, trapense norteamericano de fama universal, de quien ya tuve el honor de verter al castellano uno de los libros más sugestivos de estos tiempos, titulado* Dios baja al infierno del crimen. *Estos trabajos, que formarán la colección «Trapense», que se inicia con el presente volumen, fueron escritos en los últimos años por el monje blanco de la abadía de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky) para enseñanza de los católicos americanos, y están dedicados especialmente, según su índole, a las mujeres, a las familias, a las monjas, a los sacerdotes, a los seminaristas, a los graduados, a los militares, a las madres que tienen a sus hijos*

bajo las armas, a los muertos en campaña, etc.

La tarea de traducir a la lengua de los más grandes místicos y teólogos de la cristiandad las magníficas páginas del P. Raymond es singularmente grata, no sólo por el hondo sentido católico y social que encierran, sino también por la belleza de su prosa, que en muchos momentos alcanza la impresionante grandiosidad de la de nuestros clásicos, con quienes puede codearse el trapense norteamericano, por ser también poeta, estilista y psicólogo como ellos. Pero a pesar de su perfecta adaptabilidad al espíritu de nuestro idioma, esa tarea gratísima de traducirlas aparece sembrada de dificultades por la riqueza de matices y el caudal de sugestiones que muchas veces se esconden en la misma sencillez del estilo o la desnudez de la sintaxis anglosajona. No obstante lo cual, la he emprendido con el mayor entusiasmo, movido tanto por la admiración al insigne escritor trapense como por el deseo de hacer llegar su pensamiento a los lectores españoles con la mayor fidelidad posible.

Lo que más sorprende quizá en los libros del P. Raymond, y de manera especial en estos opúsculos, es su perfecto conocimiento de los hombres y de los problemas del mundo actual—debidos en su mayor parte a una crisis del espíritu cristiano—, casi incomprensible en un religioso encerrado tantos años tras los muros herméticos de su apartamiento claustral y alejado del comercio con el torbellino de la vida moderna. Asombra que el P. Raymond conozca las causas remotas y próximas de esa crisis y sus consecuencias, en el ámbito colectivo e individual, con la misma exactitud con que podrían conocerlas el más agudo sacerdote en el ejercicio diario del sagrado ministerio de la Confesión, o un médico o un abogado por cuyos gabinetes de consulta desfila constantemente la parte más enferma de la sociedad para desnudar sus almas en busca de un alivio físico o un consejo moral. Leyéndolos se advierte cómo ningún problema vivo es ajeno a la clarividencia de su mente y a la comprensión bondadosa de su corazón. Lo que hace pensar que, de haber vivido en el mundo en lugar de recluirse en la augusta mansión del silencio de su abadía, el P. Raymond sería uno de los primeros periodistas o novelistas de ese país de grandes novelistas y reporteros que es Norteamérica.

Del profundo conocimiento de los más intimos sentimientos y pasiones de la Hu-

manidad, que se respira en las obras del P. Raymond, brota espontáneamente el modo ejemplar de tratarlos y ese don peculiar de saber encontrar para cada persona o grupo de personas a quienes advierte, exhorta o amonesta, la palabra justa, el tono preciso, el ejemplo plástico y persuasivo extraído de la Historia Sagrada o la profana, de la literatura o de la misma vida actual, con el que está seguro siempre de producir en el cerebro o el corazón de sus lectores la impresión deseada. Si la índole del tema o el carácter de las personas a quienes se dirige lo requieren, el P. Raymond sabe utilizar con el acierto del gran poeta lírico o del más minucioso narrador realista la elevada metáfora poética o el concepto duro y la frase descarnada. Cuando es menester la elocuencia sabe ser elocuente, y delicado cuando lo que conviene es la delicadeza. Toda la gama de los recursos del predicador, el literato y hasta del conductor de masas, es empleada con sabiduría y tino extraordinarios por este monje trapense, empeñado en la altísima empresa de convencer a los hombres de su siglo de que han sido creados por Dios para la eternidad y que su conducta en la vida puede alejarles insen-

satamente de ese destino único y grandioso.

Lo que jamás se encontrará en las palabras del P. Raymond—como en las de ninguno de los verdaderos escritores católicos—es la gazmoñería, la mogigatería, la timidez verbal y conceptual de quienes se obstinan todavía en no considerar al catolicismo como lo que es: una fuerza viva, ardiente y combativa. Para el P. Raymond, como para los santos y los místicos españoles, la religión no puede ser un blando conformismo aparente, sino una dura e imperiosa exigencia íntima y una auténtica fiebre exterior. El P. Raymond quiere una catolicidad ancha y fuerte, alegre y decidida, no limitada a unas apariencias externas, sino conformada en el interior de cada alma, como las de los mártires y los misioneros. Para el P. Raymond, ser católico no es cumplir estrictamente y con frialdad rutinaria, muy próxima a la indiferencia, los preceptos de la Iglesia y los Mandamientos de la Ley de Dios, acomodándolos a las conveniencias sociales y a la comodidad propia. Para el P. Raymond, el catolicismo es un fuerte y dulce peso que hemos de llevar sobre nuestra espalda en todo momento y en toda circunstancia, sin dejarlo cuando nos abru-

me o buscando el modo de aligerarlo. El P. Raymond sabe bien que entre los mayores defectos del hombre de hoy están la hipocresía, la tibieza y el egoísmo, a los que puede achacarse una gran parte de las desdichas del mundo, y trata de eliminarlos con sus sabios consejos para conseguir un nuevo catolicismo, limpio y radiante, en el que las virtudes teologales recuperen su jerarquía y los nueve últimos mandamientos del Decálogo sean la lógica consecuencia del primero que, por desgracia, no suele cumplir como es debido la inmensa mayoría de los católicos practicantes.

Pero ¿a qué tratar de explicar torpemente lo que el P. Raymond va a decir de manera insuperable? La lectura de estos libritos ahorra culaquier comentario previo o a posteriori sobre ellos, que nunca serviría para aumentar su profundidad y su belleza.

Si me he permitido escribir estas palabras, ha sido tan sólo para corresponder con mi gratitud a las inolvidables frases que el Trapense—como a la sencillez del P. Raymond le gusta se le llame—tuvo para mí con ocasión de la tradución de Dios baja al infierno del crimen, y para tener ocasión de hacer públicas las que en la

misma carta dedicara a nuestro país al decir: «He oído que entre las decenas de millares de españoles atormentados y asesinados durante la guerra de Liberación no hubo una sola apostasía. ¡Si ello es cierto, España es joven, con la verdadera juventud de Dios!» Pero, sobre todo, para agradecer el recuerdo que en este mismo opúsculo, Los trapenses, los rojos y tú—publicado cuando todavía en el mundo era inoportuno o peligroso hacer un elogio de los españoles, que se adelantaron a morir por la causa de Dios, a tantos millares de norteamericanos—, tributa a los catorce trapenses del convento de Nuestra Señora del Camino, en la diócesis de Santander, asesinados en 1936 y precursores en once años de la muerte «dulce» y el tránsito «fácil» de la celda al Cielo, que en 1947 encontraron a manos de las hordas comunistas los padres, los hermanos y los legos del monasterio de Nuestra Señora de la Consolación de Yang Chia P'ing, en las montañas de la lejana China.

F. X. S.

A Nuestro Muy Amado Hijo M. James Fox, O. C. S. O., Abad de Nuestra Señora de Getsemaní en Norteamérica, del Papa Pío XII.

«Muy Amado Hijo, Salud y Bendición Apostólica.

Habiendo transcurrido un siglo desde la fundación de vuestro Monasterio, bien conocido ahora, Nos agrada saber que vos y vuestros hijos espirituales os proponéis celebrar solemnemente a principios de junio el dichoso acontecimiento. Conocemos, por los anales de vuestra abadía, que en el año 1848 cuarenta y cuatro monjes del monasterio de Nuestra Señora de Melleray, en Francia, realizaron un largo viaje cruzando el océano hacia Norteamérica y en la festividad del Apóstol Santo Tomás pusieron los cimientos de vuestro monasterio. También sabemos que después de un período de tres años fué elevado al rango y dignidad de abadía por la autoridad de la Santa Sede.

Con el andar del tiempo, el número de religiosos aumentó considerablemente, siendo necesario fundar en la misma América un segundo monasterio dedicado a Nuestra Señora del Espíritu Santo; y más tarde, un tercero llamado de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad. Y ahora estáis preparando otra fundación.

Es en verdad maravilloso saber cuántos hombres jóvenes, bajo la inspiración de la Gracia divina, han sido llamados a aquellos monasterios dedicados a la vida contemplativa, que es tan efectiva, no sólo para alcanzar la felicidad personal, sino también para la utilidad de la Iglesia y el bienestar de todo el género humano a través de la constante ofrenda de plegarias a Dios y la continua mortificación del cuerpo y del alma.

Pero hay todavía otra tarea por la cual merecéis las mayores alabanzas, a saber: que cada año se reúnan en vuestra abadía de Getsemaní dos millares de hombres, religiosos o seglares y pertenecientes a todas las clases sociales, para dedicarse, alejados de los ruidos y locuras del mundo, a la contemplación de las verdades eternas por medio de los ejercicios espirituales.

Por todo ello, Amado Hijo, Os felicitamos de todo corazón por los numerosos

frutos que vuestro monasterio ha dado a lo largo de esos cien años, y con los mejores deseos y el mayor júbilo compartiremos con vosotros las próximas solemnidades. Finalmente, aun sabiendo de cierto que nunca careceréis de la ayuda celestial ni de la fuerza necesaria para realizar hechos todavía mayores en el futuro, para asegurar esos favores y en señal de Nuestra benevolencia, Os impartimos amorosamente en Dios para vos y para todos los monjes de vuestra Comunidad, lo mismo que para todos los demás miembros de la Orden Cisterciense Reformada, la Bendición Apostólica.

Pío XII, Papa.»

DADO EN SAN PEDRO DE ROMA EL 25 DE MARZO DE 1949, EN EL XI AÑO DE NUESTRO PONTIFICADO.

EXTRACTO DE LA CARTA, FECHA 7 DE MARZO DE 1949, DEL CARDENAL DOUGHERTY, ARZOBISPO DE FILADELFIA, AL ABAD DE NUESTA SEÑORA DE GETSEMANI:

«... Hace cien años los monjes exploradores de Getsemaní trajeron a América el legado espiritual que habían heredado del Císter. Ellos y sus sucesores guardaron celosamente esa herencia, añadiendo ayunos y mortificaciones a la antigua Regla trazada por San Benito y San Bernardo. Renunciaron al mundo para entregarse a una vida de constante plegaria, trabajo y penitencia, ofreciéndose con Cristo crucificado como víctimas expiatorias por los pecados del mundo. A veces, el trapense es considerado como un fanático; pero a los ojos de Dios y de la Iglesia católica es un héroe, como San Pablo, «que enloqueció por amor de Dios».

La Iglesia católica necesita hoy mucho

más todavía que en los días de San Benito y San Bernardo héroes contemplativos y héroes activos. Necesita hombres como Moisés que, ancianos, se retiren a orar a las cimas de las montañas, mientras otros, como Josué, conducen los ejércitos de Israel.

Hoy la Iglesia de Cristo está amenazada por las fuerzas organizadas del Anticristo, mientras el ateísmo comunista continúa su camino triunfante. Una poderosa apisonadora dirigida desde Moscú rueda sobre Europa y Asia, aplastando bajo su mecanismo de hierro a millares de seres humanos indefensos. En las tierras de más allá del telón de acero, cerca de sesenta millones de católicos sufren amargamente por su fe. El arzobispo Stepinac, de Yugoslavia, languidece tras las rejas de su prisión, y el cardenal Mindszenty, de Hungría, ha sido condenado en un remedo de proceso a vivir un auténtico martirio.

En estos tiempos sombríos, la Iglesia necesita un ejército dispuesto a reforzar a los que están librando las batallas del Señor. Desesperadamente necesita la ayuda de Dios Todopoderoso, la cual sólo podría alcanzar mediante la oración y la penitencia.

En su gran Encíclica sobre el ateísmo

comunista, Su Santidad el Papa Pío XI escribía:

«Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían sido capaces de expulsar al mal espíritu del cuerpo del endemoniado, Nuestro Señor respondió: «A ese género de espíritus sólo se le puede vencer con la oración y el ayuno.» Así, al mal espíritu (el ateísmo comunista) que atormenta hoy a la Humanidad, sólo podrá derrotarle una cruzada mundial de plegarias y penitencias. Nos pedimos por eso, especialmente a las órdenes contemplativas, que redoblen sus preces y sacrificios, a fin de obtener del Cielo ayuda para la Iglesia en estos momentos catastróficos.»

Nuestro actual Santo Padre Pío XII ha repetido el mismo llamamiento, pidiendo —especialmente en su Encíclica de San Benito de Nursia—más oración y más penitencia. Los trapenses de Getsemaní dieron una magnífica respuesta a ese llamamiento, y confiamos en que continuarán encabezando esa gran cruzada de oración y penitencia, con la cual proporcionarán alivio a los miembros dolientes del Cuerpo Místico de Cristo y ayudarán a asegurar la paz para la Iglesia y el perdón para sus enemigos, «que no saben lo que se hacen».

Con mis sentimientos de estimación y mi bendición especial para vos y para los miembros de vuestra Comunidad, quedo, mi querido Padre Abad,

Muy devotamente suyo en Cristo,

D. CARD. DOUGHERTY,
Arzobispo de Filadelfia.»

I

LOS TRAPENSES

SOBRE más de un cuadro de La Trapa figura la leyenda *Hic vivere durum est, mori autem dulce*. Lo que quiere decir: «La vida aquí es difícil, pero la muerte dulce.» Ignoro quién pueda ser el autor de esta frase; pero me consta que, consciente o inconscientemente, plagió el pensamiento de San Bernardo: *Facilis transitus de cella ad coelum,* o sea: «El tránsito de la celda al cielo es fácil.» Si en un sentido esto es absolutamente cierto, en otro habría mucho que hablar. Algunos monjes encontraron que la vida en La Trapa es la más dulce que se podía vivir en la tierra; pero luego murieron como trapenses...

En determinado sitio del sur de Alemania se puede encontrar un árbol con unas hojas de forma singular. Mientras

se le contempla, un aldeano se acerca para decirnos que es el «árbol de los frailes» y explicar que las hojas tienen esa forma de cogulla desde que una partida de hussitas asaltó un monasterio que existía allí mismo, colgando a todos los miembros de la Comunidad cisterciense de las ramas de aquel árbol. Acabar ahorcados por los hussitas no es precisamente un tránsito fácil o una muerte dulce.

Sin embargo, algunos pensaron que colgar a aquellos monjes era demasiado «fácil» y demasiado «dulce». Por ejemplo, Enrique VIII de Inglatera, su encantadora hija *Bess* y Jacobo I. Estos soberanos los ahorcaron, los arrastraron y los descuartizaron. Así murió Gelasio O'Cullenan, abad de Nuestra Señora de Boyle, abadía sita en el condado de Roscommon, en Irlanda. Así murió también Eugenio O'Gallagher, abad de Astrath, en Donegal. Pero éste consiguió el éxito prodigioso de convertir a quinientos protestantes cuando iba a morir. ¡Esto sí es «dulce» en cierto sentido! Tales crímenes individuales eran, sin duda, demasiado baladíes para tan cariñosos reyes y tan bondadosa reina, por lo que procedieron a matanzas colectivas de comunidades, como las de

Nenagh y San Salvador, llevadas a cabo al mismo tiempo.

Por muy brutales que puedan parecer estas muertes, resultan «dulcísimas», si se comparan a las que padecieron algunos trapenses durante la Revolución francesa. Esta es una página del martirologio cisterciense que supera a todo lo imaginable. Basta para demostrarlo copiar sencillamente algunos detalles referentes a los mártires franceses y belgas, que se negaron terminantemente a prestar el juramento constitucional, por cuya causa fueron deportados a La Guayana francesa, en Sudamérica. Véanse:

«Los frailes condenados, muchos de ellos sacerdotes, dejaron Rochefort en un barco prisión, en el que se hacinaban en inmundos camaranchones con literas infestadas de gusanos. Todo esto hizo que sólo una mitad escasa de los presos sobreviviera a los setenta y siete días de travesía. Desembarcaron cerca de Cayena, capital de La Guayana, situada cinco grados al norte del Ecuador, desde donde fueron conducidos a Conanamá. El camino a través de la selva pantanosa, llena de troncos, de ramas desgajadas, de lianas gigantescas que obstruían el paso y volcaban

las carretas, duró tres días de marcha agotadora. Conanamá es un extenso desierto de suelo arenoso, que limita por un lado con el río Conanamá y por el otro con la selva virgen poblada de feroces alimañas. La temperatura es tórrida todo el año, el suelo abrasa y toda clase de insectos producen la fiebre amarilla y otras enfermedades. Los presos se alojaban en chozas sin puertas ni ventanas ni muebles de ninguna clase. Por la noche, los mártires —pues muchos de ellos merecen que así se les llame—se acostaban en el suelo desnudo, siendo constantemente atormentados por los minúsculos jijenes que les subían por los pies y las piernas, causándoles espantosos dolores. Los huevecillos dejados en los músculos por esos insectos desarrollaban larvas que horadaban y devoraban las carnes llagadas, que acababan por pudrirse, cubrirse de gusanos y caer en piltrafas. Al amanecer, los monos y otros animales de la selva empezaban a aullar y gritar espantosamente, y el ruido infernal duraba hasta el crepúsculo. Para agravar la situación, grandes tortugas invadían el campamento durante la noche, instalándose en las ropas de los que dormían, mientras enormes mosquitos se sumaban a los tormentos con sus picaduras

venenosas, que originaban tumores y escozor intensísimo. A muchos de los que morían no se les enterraba y la putrefacción de sus cadáveres hacía el aire irrespirable. En un mes solamente murieron cuarenta y un religiosos...»

El menologio trapense comenzado en el siglo XIII continúa hasta nuestros días. Mártires de veinte monasterios diferentes, esparcidos sobre todo el Continente, encontraron el «tránsito» desde sus celdas al Cielo de muchas maneras, que no se pueden llamar realmente «fáciles». Pero por horribles que fuesen, nos dejaron un ejemplo inconmovible y parece que desde lo lejos nos están diciendo cosas maravillosas que, a lo mejor, pueden enardecer la mente y estimular la imaginación. ¡Cómo hace hervir la sangre el recibir noticias de muertes como ésta que nos llegó de España en 1937! Decía sencillamente:

«El 20 de septiembre del año 1936 de Nuestro Señor, los comunistas mataron cruelmente al P. Eugenio y al P. Vicente, religiosos del convento de Nuestra Señora del Camino del Cielo, situado en la diócesis de Santander, España. En el mes de diciembre del mismo año los comunis-

tas mataron también a don Pío, el prior; a los hermanos Amadeo, Juan y Valeriano, religiosos; al hermano Alvaro, clérigo; al hermano Marcelino, novicio, y a los legos Angel, Antonio, Ezequiel, Eustaquio, Eulogio y Leandro.»

Lo de «mataron cruelmente» exalta mucho la imaginación, pero es, sin duda, bastante más real que la «dulzura» a que alude la divisa de La Trapa o la «facilidad» de que habla San Bernardo. Las historias llegadas desde la España roja demostraron a Moscú que los españoles eran espartanos para quienes el Cristianismo significaba más que la vida, y a nosotros nos aleccionaron sobre la crueldad de los rojos.

Los trapenses tenían monasterios en Alemania, Yugoslavia, Holanda, Bélgica y Francia en 1935. Pero desde 1935 a 1945, Europa padeció la pesadilla nazi. Prácticamente, los países de la Europa occidental sufrieron el insoportable orgullo prusiano, y los monjes silenciosos aprendieron lo que era verse detenidos para comparecer ante jueces hostiles y jurados perjuros, escuchar sentencias injustas y arbitrarias y salir para el destierro o el campo de concentración, donde, a su vez,

aprenderían a humillarse por el amor de Cristo y a morir por ser cristianos. El megalómano pintor austríaco que había usurpado el poder en Prusia, afirmaba que no quería dar mártires a la Iglesia. En esto, como en otras muchas cosas, demostró ignorar el sentido de las palabras, pues le dió miles, quizá cientos de miles, entre ellos algunos cistercienses. Las atrocidades hitlerianas tampoco permitían un «paso fácil» o una «muerte dulce».

Sin embargo, fué la enorme barbarie de las estepas rusas la que proporcionaría a los trapenses su más gloriosa corona.

Quiero decir ahora que en todos los casos mencionados, lo mismo en los de la Edad Media que en los de los tiempos modernos, la muerte fué «dulce» y el tránsito «fácil», en el sentido de la gloria, pues llevaba implícita la seguridad de presentarse a Dios. El martirio es siempre un camino fácil y dulce para llegar al cielo, aunque sea un horrible camino para dejar la tierra.

Voy a tratar de demostrar todo lo horrible que puede ser, intentando el relato de lo que le ha sucedido a la comunidad en uno de nuestros conventos en China. Lo hago para que tú, lector, sepas lo que puede ocurrir un día en Kentucky si

los americanos no demuestran su amor a América y limpian nuestra tierra de esos rojos que audazmente forman células en muchas de nuestras grandes ciudades, y con el mayor descaro se jactan de que su revolución mundial ha comenzado.

Mi intención es convencerte de que el peligro ya no está en las lejanas y sangrientas estepas de Siberia, ni siquiera en las bombardeadas ciudades de Europa y Asia, sino a las puertas de tu propia casa. El combate en que hemos de empeñarnos es el combate para librar a Norteamérica de caer en la degradación rusa, esa degradación que reduce al ser humano al nivel de un autómata, sin espíritu, o una bestia poderosa y comunizada. ¡Abogo por Dios y por la Patria, sí, pero también por la Humanidad y por ti mismo, que te encuentras enmedio de una guerra entre las potencias de la Luz y las potencias de la Sombra.

Clare G. Fenerty decía la verdad la noche que gritaba: «Las oscuras fuerzas de los antiguos dioses, lanzando sus vanguardias desde el campo de batalla de los Urales, han traído esta guerra sobre nosotros. Las fuerzas de la reacción pagana, del desquite rojo y de la animalidad comunista forman en línea de batalla con-

tra América, contra la cultura espiritual del mundo occidental. Es la guerra de un internacionalismo contra otro, de la materia contra el espíritu, del bruto contra el hombre, de todos los instintos rastreros, estrechos y sensuales contra el heroísmo, el ideal y la espiritualidad de los nobles pensamientos y los santos deseos. Es una guerra del odio organizado contra el amor fraternal; es una guerra de Satán contra Dios.»

Si todo esto te parece fuerte, quizá demasiado fuerte; si crees que el orador se dejaba llevar por la fuerza de su oratoria desbordada; si piensas que exageraba, lee los fríos hechos de esos rojos que expongo a continuación. Léelos a solas, en silencio, sin ofender ni ofenderte, olvidándote del mundo y de los pobres frailes que el mundo olvida...

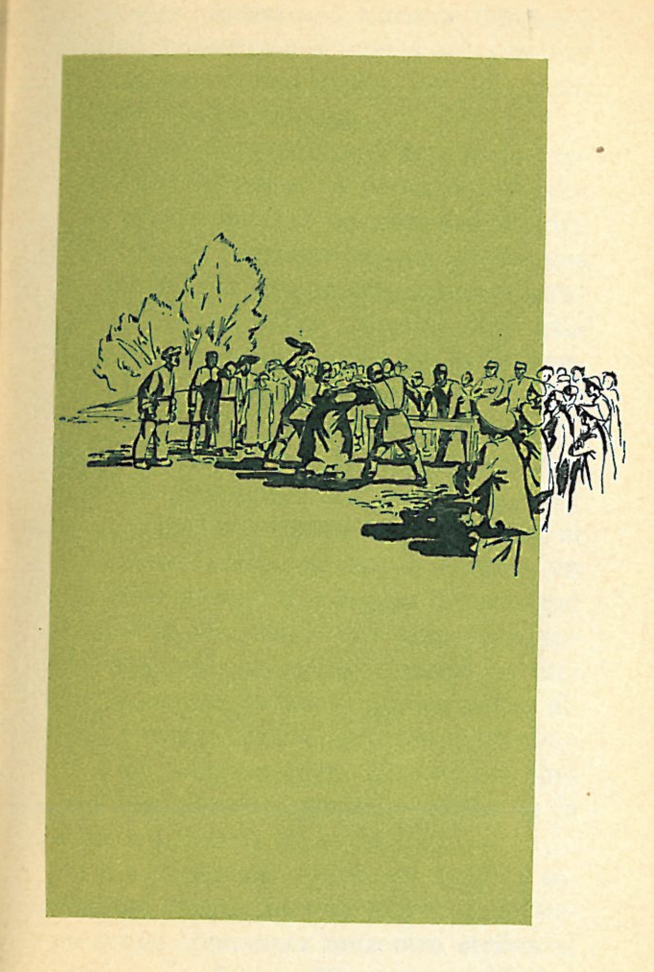
II

LOS ROJOS

A unas ochenta y cinco millas al oeste de Peiping. en lo alto de las montañas de la China del Norte, en el mismo límite de la provincia de Chahar, hay una estrecha meseta llamada Yang Chia P'ing. Allí, lejos del contacto de los hombres, como su Regla prescribe, algunos trapenses franceses levantaron en 1883 un monasterio. Al cabo de unos años, los frailes fundadores tuvieron la satisfacción de ver su monasterio poblado por jóvenes, ardientes y piadosos religiosos chinos. El mismo silencio, la misma soledad y la misma sencillez característicos de la Orden desde el año 1098 reinaban en lo alto de aquellas montañas aisladas en las que se daba también la caridad que señala a todas las casas de trapenses como hogares de Cristo.

Ni la sequía ni el saqueo eran desconocidos en aquellos parajes. Recientemente, cuando en 1939 los bandidos asaltaron las ciudades, vaciándolas de toda clase de alimentos, en Nuestra Señora de la Consolación—así se llamaba la abadía—cerca de mil personas recibieron dos comidas diarias, mientras los frailes tomaban sólo una. Poco después, cuando los japoneses avanzaron por entre las montañas, el Ejército rojo en retirada ordenó a todas las aldeas utilizar la táctica de la «tierra quemada». Una de esas aldeas se negó a destruir sus depósitos de víveres. Los invasores japoneses no los tocaron, pero cuando volvieron los rojos, robaron hasta la última semilla. Sus afligidos habitantes se volvieron instintivamente una vez más hacia Nuestra Señora de la Consolación, y el abad Alexis los vistió y alimentó durante varios meses.

Que todo esto respondía a la tradición del monasterio lo atestigua el hecho de que no menos de ocho lápidas de gratitud habían sido regaladas espontáneamente a la abadía por la población agradecida. En una de ellas se leía esta inscripción: «Los beneficios que nos habéis proporcionado son tan grandes como las montañas.» Otra decía: «En cualquier circunstancia, siem-



pre hemos encontrado vuestra bondad.» El pueblo decía que el monasterio era «un instrumento—o una institución—de generosidad y benevolencia».

Todo ello ocurría antes de que los rojos llegaran al poder. A partir de este día se supo que muchas de aquellas lápidas se les habían regalado por ser «opresores del pueblo». Ya sé que esto sonará extrañamente a tus oídos, pero no hay más remedio que decirlo, pues es la manera que tienen los rojos de emplear el idioma. Y esa fué precisamente la acusación formulada contra dos Hermanos que hubieron de comparecer el 1 de julio de 1947 ante uno de los «tribunales populares», el tristemente célebre de Hsing Huang, un pueblecito situado tres leguas al norte del monasterio, en donde los trapenses poseían algunos pastizales. Cuando se dictó la sentencia, tuvieron que entregar algunas vacas y cabras, pero no al pueblo, sino a los soldados rojos. Esto no fué sino un prólogo en muy pequeña escala de lo que pronto habría de verse.

Al día siguiente, y durante toda la semana, los Padres Serafín y Crisóstomo tuvieron que comparecr ante otro «tribunal popular» en Lichia Wantze, pueblecito situado a unas cinco legua al sur de la

abadía. Imagínese cuál sería la sorpresa de ambos frailes al encontrarse con la acusación de que cuarenta y seis años atrás, en la época de la sublevación de los *boxers*, las tropas extranjeras habían «oprimido» a la población de la China del Norte y que el monasterio de Nuestra Señora de la Consolación se construyó con el importe de las reparaciones exigidas al Gobierno chino por las potencias extranjeras. Antes de que salieran de su asombro por la insólita acusación, un hombre joven se presentó ante el «tribunal» solicitando una indemnización ¡porque sus padres habían sido atemorizados por las tropas extranjeras cuando entraron en China hacía cuarenta y seis años!

El Padre Serafín tenía treinta y ocho años, y treinta el Padre Crisóstomo. Alegaron su juventud, manifestando que ni siquiera habían nacido en aquella época. Fué inútil. Demostraron que el monasterio había sido construído en 1883, y no veinte años después. Fué también inútil. Uno de los «jueces» gritó: «Los frailes son culpables. ¿Estáis conformes o no?» El pueblo, naturalmente, vociferó lo que no tenía más remedio que vociferar: «¡Estamos conformes!» Igualmente, a voces, el «juez» propuso: «Como son cul-

pables, deben entregar al pueblo todo el ajuar del monasterio. ¿Estáis de acuerdo?» Y otra vez, como un eco, resonó la voz del pueblo: «¡De acuerdo!»

Los dos trapenses intentaron alegar cosas evidentes para evitar la extorsión. «Si no tenemos opción y debemos pagar—dijeron—, lo haremos. Pero sean razonables.» ¡Qué inocencia pedir raciocinio a la barbarie!

La misma noche del 8 de julio, los habitantes de treinta pueblos llegaron en masa a Nuestra Señora de la Consolación. A eso de las doce despertaron al portero, forzaron la entrada golpeándole, e iluminándose con antorchas emprendieron el camino de los dormitorios. Los rojos habían multado a los dos frailes con «cincuenta mantas». El pueblo estaba allí para recogerlas. Después de arrancar las colchas, mantas y sábanas de las camas de los frailes, se apoderaron de cuanta ropa hallaron al alcance de sus manos, pues en aquella parte del mundo la ropa escasea, y los aldeanos tenían el convencimiento de que el monasterio estaba condenado y querían ayudar a los rojos en su expolio. A las dos de la madrugada habían saqueado todo y se fueron retirando.

A la misma hora, la entristecida comunidad descendía a la capilla para rezar los habituales maitines y laudes. Sus corazones estabn angustiados por haberse dado cuenta de que tenían enfrente a unas gentes para quienes nada era sagrado. ¡Incluso había habido mujeres entre aquel populacho que violó la clausura! De los setenta y cinco miembros de la comunidad, sólo cinco eran extranjeros. Los setenta nativos chinos sintieron la humillación de la visita de sus paisanos, advirtiendo cerrados todos los caminos de salvación.

A las cuatro de la mañana del 9 de julio comenzaron las últimas misas en Nuestra Señora de la Consolación, donde tantos años se llevaban celebrando con gran fervor. Dieciocho sacerdotes ascendieron a los altares para renovar el sacrificio del Calvario, a sabiendas de que, ahora más que nunca, representaban la Pasión de Cristo; comprobando con su profundo discernimiento personal la razón de Pascal cuando dice que: «Cristo estará en agonía hasta el final de los tiempos»; dándose cuenta de que cada cristiano que quiera ostentar este nombre dignamente, debe ser como Cristo y hacer de su vida una misa.

Antes de que el último sacerdote abandonara el altar, volvió la muchedumbre, que nuevamente invadió los dormitorios para sacar de sus lechos a los enfermos, deshacer los colchones y llevarse la paja y las telas.

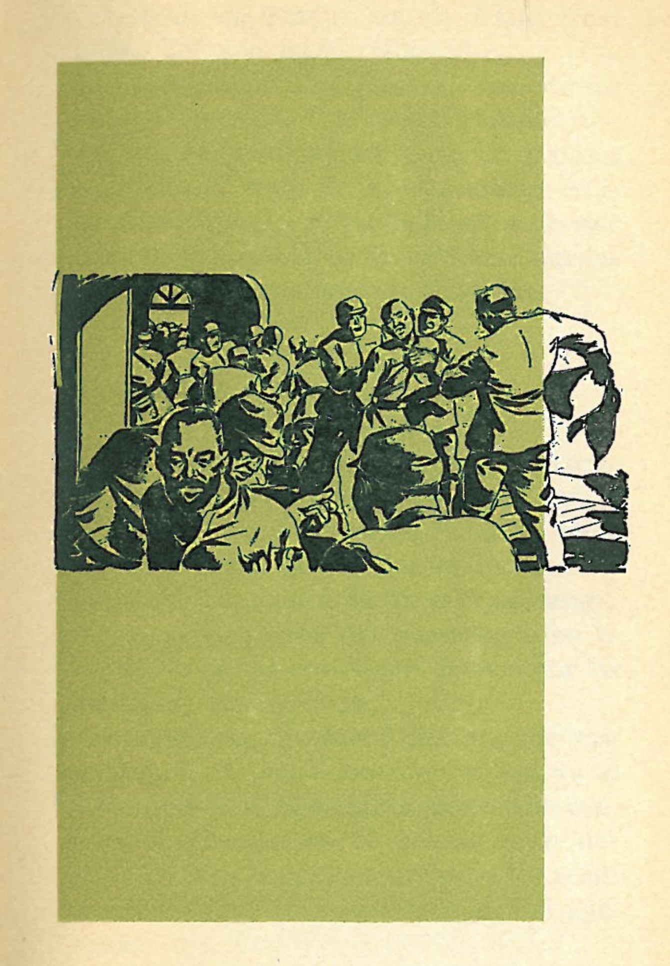
A las siete llegó otra oleada de gente con soldados rojos. Ahora pedían entrar en las despensas. Nuestra Señora de la Consolación tenía fama en toda China por sus huertos de albaricoques. Grandes cantidades de esta fruta seca y sus subproductos fueron hallados en las despensas. En conjunto había encerradas cerca de diez toneladas de víveres: maíz fresco o seco, mijo, sorgo, lentejas, nueces, miel, una modesta cantidad de sal y una buena reserva de quesos hechos en el monasterio con leche de cabras; es decir, los artículos que habitualmente se encuentran en cada convento trapense. Los rojos se apoderaron de todos aquellos víveres... para el Ejército rojo. ¡El mísero pueblo los había aprovechado mucho mejor cuando los frailes eran sus despenseros!

Ahora empezó el saqueo general: primero fueron desmantelados el taller de herramientas, la zapatería y la forja. Luego le tocó el turno al almacén de vestuario, donde los amigos del pueblo destro-

zaron tres de las cinco máquinas (las otras dos se las llevaron los oficiales rojos). Ataron al sacristán, quitándole las llaves para apoderarse del vestuario litúrgico: casullas, albas, sobrepellices, amitos e incluso cíngulos, que el pueblo, frenético, hizo pedazos. En seguida invadieron la biblioteca, desgarrando los lomos de aquellos preciosos libros, pues el cuero tiene un inapreciable valor en aquellas montañas. Incluso el refectorio fué visitado por la horda, que no dejó una servilleta ni un cubierto.

Una vez que el monasterio fué despojado de sus bienes materiales, la soldadesca se dirigió contra los monjes. La comunidad entera se había reunido en la sala capitular, donde llevaba dos días y dos noches bajo constante vigilancia. La estancia estaba desnuda de todo mobiliario y tenía el suelo de piedra, sobre el que los frailes tuvieron que dormir. Comían sólo una vez por la noche una sopa ligera de maíz.

Cinco días más tarde fueron alineados de dos en dos para marchar a una explanada en donde estaba reunido cerca de un millar de personas. Una brillante bandera roja ondeaba al aire y anunciaba «la gran asamblea de todos los pueblos para



el juicio en común contra Yang Chia P'ing. En una mesa colocada en el centro se sentaban «los jueces». Tres de los Padres—Serafín, Crisóstomo y Agustín—estaban sentados aparte para un proceso especial; el resto de la comunidad estaba reunido junto, cerca de la mesa de «los jueces» y acusado de complicidad en los crímenes de aquellos tres religiosos.

LA JUSTICIA ROJA

El Padre Serafín fué juzgado el primero. Era un hombre de treinta y ocho años. El movimiento *boxer* tuvo lugar en 1903. Aquel hombre que no nació hasta 1909 tenía que responder de un curioso cargo: «la responsabilidad del monasterio en la represión de los desórdenes *boxers* por las potencias extranjeras».

Aunque aquello fuera cierto, ¿qué responsabilidad podía tener en el asunto el joven monje si ni siquiera había sido concebido—excepto en el pensamiento del Dios Eterno—cuando ocurrieron los acontecimientos? Pues, sin embargo, fué apaleado.

La verdad histórica era que a principios de 1880 los trapenses habían sido lla-

mados a la región por los católicos del país. En 1883 compraron las tierras de Yang Chia P'ing y construyeron una gran parte del monasterio. La cuestión *boxer* nada tuvo que ver con la abadía. Pero «los amigos del pueblo» tenían que «hacer justicia».

Otra acusación contra el Padre Serafín fué la de que «el monasterio había recibido armas del Gobierno francés para utilizarlas contra el pueblo de la región». No se olvide que ese pueblo había llamado al monasterio «instrumento de generosidad y benevolencia». No obstante, los rojos inventaron esa calumnia contra los monjes. Como el Padre Serafín tampoco pudo defenderse de tal acusación, fué condenado y apaleado otra vez.

La realidad era que durante el período de guerra en el norte de China (1916-1930), las autoridades francesas de Peiping enviaron al monasterio unos cajones con rifles para defenderse en el caso posible de un asalto. Mas los únicos que utilizaron aquellas armas fueron los rojos, pues una partida comunista cayó sobre la abadía una tarde del otoño de 1939 para saquearla, apoderándose de los rifles, que utilizaron contra los japoneses. Todo lo cual era sobradamente conocido

por «los jueces» que dictaron la sentencia.

Pero lo que despertó la máxima expectación en el grotesco proceso fué la acusación de que «los monjes tenían escondido en las colinas un tesoro arrebatado al pueblo». Esta calumniosa especie se forjó porque el saqueo había defraudado a los saqueadores, ignorantes de que los trapenses viven bajo un voto de rigurosa pobreza, de que todo cuanto tienen lo comparten con los más pobres y de que jamás les sobra nada.

El proceso del Padre Serafín duró dos horas, en las cuales fué acosado a preguntas por sus acusadores. Su inocencia era evidente, y no podía hacer otra cosa que proclamarla, aunque no le creyesen. Finalmente, los «jueces», cansados de su resistencia, interrogaron al Padre Crisóstomo.

El Padre Crisóstomo tenía treinta años. Por tanto, no sólo la revolución de los *boxers*, sino la primera guerra mundial habían acaecido antes de su nacimiento. A pesar de ello, se le imputaban los mismos «delitos» que a su compañero. Su Chu Han, el «juez» principal, abrió el juicio diciendo: «Declaramos al Padre Serafín reo de estos crímenes contra el pueblo. Si usted no asiente a nuestro vere-

dicto y confiesa los suyos, morirá también. ¿Asiente o no asiente?»

El trapense no asintió. Fué golpeado brutalmente, y tampoco asintió. Entonces formularon contra él un nuevo cargo. Como el Padre Crisóstomo era el cillerero del convento—lo que suponía llevar la administración de las granjas y los edificios—, se le acusó de haber usurpado las mejores tierras de la región, privando de ellas al pueblo, para beneficiarse con los productos de su fertilidad. Por una vez, los rojos decían una parte de verdad: las tierras conventuales eran las más fértiles de toda la región. Pero sólo porque durante seis décadas los frailes habían trabajado duramente para limpiarlas de piedras, abonándolas una y otra vez y labrándolas con el mayor esmero; sólo porque el amor de Dios hizo a los hombres encorvarse horas y horas sobre ellas, sin temor a la fatiga y al dolor de las manos encallecidas, aquella montaña parda y pelada se transformó en campos maravillosamente verdes en la primavera y dorados en el otoño. Precisamente porque las santas manos de los trapenses se habían endurecido en la faena, las de los campesinos chinos conocían la suavidad de la

fruta en sazón y la firmeza de las legumbres maduras.

Por haber «usurpado aquellas tierras, privado de su disfrute al pueblo», les pedían tan fabulosa indemnización, que cuando el Padre Agustín fué interrogado pudo responder con toda razón: «Para daros lo que pedís, aun siendo inocentes de vuestras acusaciones, no bastarían diez Yang Chia P'ing.» Por esta honrada declaración, el anciano maestro de novicios—tenía setenta años y actuaba como Superior de la comunidad—fué azotado.

Una vez que los tres monjes fueron declarados culpables, se ordenó a los otros setenta y dos trapenses quitarse las capuchas y que quienes usaban gafas las entregasen, en señal de sumisión y respeto, al tribunal. Así terminó el proceso. Los frailes regresaron al monasterio, donde quedaron detenidos todo el resto de la semana en la capilla. Luego fueron conducidos al dormitorio y colocados bajo la vigilancia estrechísima de una fuerte guardia.

En la mañana del miércoles siguiente supieron el porqué de aquel cambio, cuando otra vez les llevaron a la capilla y la vieron convertida en tribunal. Los sitiales del coro estaban llenos de soldados ro-

jos. Los oficiales comunistas ocupaban una mesa bajo la lámpara del santuario. La nave estaba repleta de representantes de diferentes aldeas.

El primer acto de aquel tribunal fué la confiscación de todas las gafas de la comunidad. Este detalle demostraba que los analfabetos querían adquirir un aire de intelectuales. Luego llamaron a su presencia al Padre Serafín. Esta vez le imputaban un nuevo delito: haber ido, durante la última guerra, a las chozas de algunos campesinos a fin de obtener información para los japoneses.

El fraile, sorprendido y perplejo, sólo pudo negar lisa y llanamente, por lo que fué golpeado de manera tan cruel, que gritaba:

—¡K'o lien!... ¡K'o lien! (¡Tengan compasión! ¡Tengan compasión!)

—¡Ahora no es hora de compasión, sino de revancha!—fué la respuesta de uno de los «jueces».

Tan pronto como compareció el primer testigo, brilló la verdad. María Chang, catecúmena de una de las aldeas, fué requerida para jurar que el Padre Serafín había ido a buscar información para los japoneses. A lo que repuso:

—No fué el Padre Serafín quien vino a



nuestro pueblo. Fué el Padre Mauro. Y no vino a buscar información para los japoneses, sino a traer los Sacramentos a los moribundos.

Durante la guerra, los sacerdotes escaseaban mucho en los distritos montañosos, por lo que cuando llegaba a Yang Chia P'ing la notica de que algún cristiano estaba a las puertas de la muerte, la caridad cristiana movía al abad a permitir que algunos de sus monjes dejara la clausura para llevar los Santos Oleos para la Extremaunción y el Cuerpo y la Sangre de Dios para el Viático.

El testimonio de María Chang enfureció a los «jueces», que ordenaron se la atase al poste de un candelabro y se la azotara. Su orden se cumplió con tal eficiencia, que la mujer se desplomó en el suelo sin sentido. Los trapenses la creyeron muerta, y lo mismo debieron pensar los comunistas, pues tomaron una de sus toscas banderas conmemorativas cubriendo con ella el cuerpo inerte, y con la mayor tranquilidad continuaron el juicio.

Pero María Chang no había muerto. Sólo estaba desvanecida. Por decir verdad en su testimonio fué condenada a prisión con los trapenses, a quienes hizo recordar la Pasión de Jesucristo. El había traí-

do beneficios «mayores que las montañas» a las gentes de su tiempo; El había ido por todas partes practicando el bien, revelando la maravilla de la luz del sol a los ciegos y el misterio y el gozo del cántico de los pájaros a los sordos; El había devuelto el movimiento a los tullidos y el color de la salud a las corrompidas carnes del leproso; El había incluso traído de nuevo a la vida a los muertos. Y, sin embargo, cuando fué procesado y condenado a morir en la Cruz, sólo su Madre y unas pocas santas mujeres permanecieron a su lado. Durante sesenta y cuatro años, Yang Chia P'in había estado practicando el bien en nombre de Cristo y por su amor, y ahora, en la hora de su proceso y condena, nadie, salvo aquella bendita mujer, permaneció con los monjes. Los demás, que habían recibido constantes favores de la abadía, dándole el calificativo de «instrumento de generosidad y benevolencia», gritaron cobardemente—como en el caso de Cristo—cuando los «jueces» les pidieron un veredicto: «¡Merecen la muerte todo ellos!»

Los oficiales rojos se pusieron en pie.

—Nosotros sólo podemos aceptar la decisión del pueblo como nuestra; para el Gobierno comunista el gobierno es el pue-

blo. Pero aún queremos haceros una pregunta: ¿Deseáis que se condene a todos los frailes o sólo a los más responsables?

Los delegados contestaron que todos debían sufrir la misma pena. Inmediatamente, ocho de los monjes fueron colocados bajo la lámpara del santuario y atados de pies y manos. Más de uno de ellos debió pensar en el Prisionero del Amor, que tanto tiempo habitara en el Tabernáculo saqueado, «encadenado» por los lazos de la hostia y el vino, lo que haría de sus ligaduras una fuente de secreto júbilo.

Mientras les ataban, sus compañeros fueron despojados de sus cinturones, escapularios y medallas, y conducidos al refectorio, donde permanecieron custodiados por una imponente guardia. Al día siguiente llegaron cincuenta delincuentes civiles, que fueron encarcelados con los trapenses. Pronto, el grupo de presos fué separado en grupos de siete—cuatro frailes y tres paisanos—, repartiéndolos en las diferentes habitaciones de la abadía. La catecúmena y otras mujeres presas fueron encerradas en una habitación aparte.

LAS MARCHAS DE LA MUERTE

Durante dos semanas después de la sentencia de muerte pronunciada por el «tribunal popular», los oficiales rojos celebraron una serie de procesos individuales. El Hermano Marcelo, que insistió en que era considerado de muy poca importancia en el convento, sufrió veinte interrogatorios diferentes, permaneciendo incomunicado entre unos y otros.

¿Adónde se iría a parar con tales procesos? Aquellos monjes habían vivido en su monasterio solos con Dios. Día tras día, mucho antes de que las estrellas desaparecieran del cielo, se levantaban para decir al Hacedor del sol que allí, en el Este, unos cuantos hombres le conocían, le amaban y le servían; que allí había unas gentes necesitadas de que la Gracia Divina cayera sobre aquellas regiones ignorantes; que allí estaban quienes garantizaban con sus vidas que los chinos podían conocer la vida divina. Enclaustrados en la alta fortaleza de su llanura silenciosa, pasaban los años adorando a la Santísima Trinidad por encima del tiempo, suplicando la eternidad para todos aquellos para quienes un lapso de vida es como un resplandor entre dos sombras.

Los más viejos de la comunidad nunca supieron que había habido una campaña de los *boxers*, y apenas conocían las guerras mundiales. A pesar de ello, los rojos les interrogaban, torturaban y condenaban por no decir lo que no podían saber.

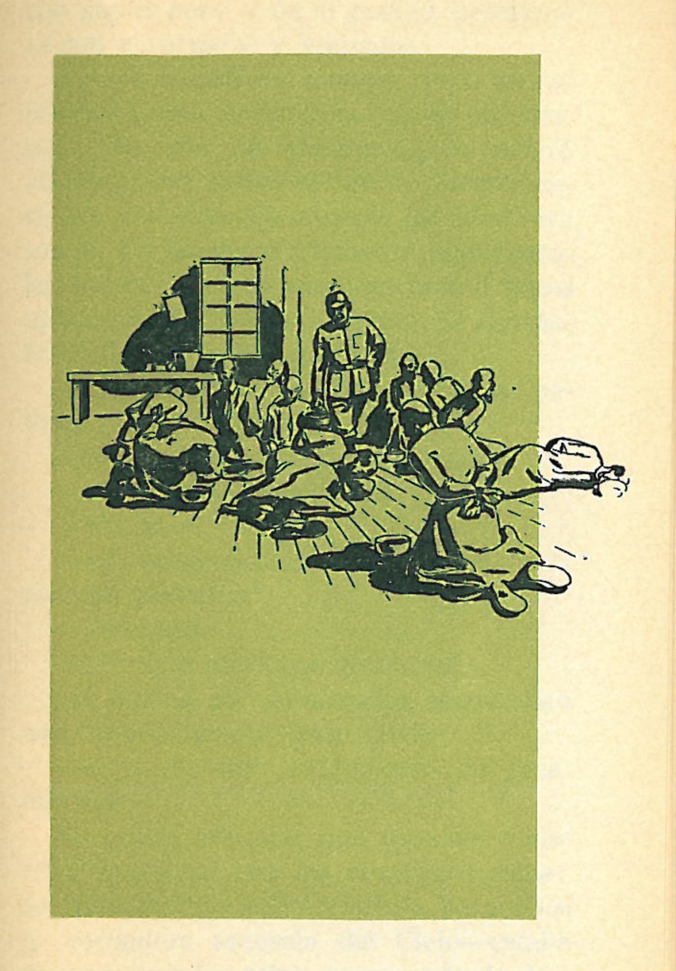
En la noche del 12 de agosto, los frailes se reunieron para lo que iba a ser—al menos para algunos—la marcha de la muerte. Un oficial comunista llamado Li T'ui Shih se dirigió a ellos para decirles que estaban ciegos por sus superiores religiosos y por las paredes de sus celdas, y que ahora verían cómo habían cambiado las cosas bajo el régimen rojo, para lo cual iba a llevarles a Chang Ko Chuang.

En la oscuridad de la noche de agosto salieron fuertemente escoltados. Cada fraile iba agobiado con una pesada carga de pertrechos, víveres en su mayoría, destinados a la soldadesca roja. Casi como bestias de carga, treparon por estrechos desfiladeros durante toda la noche y la madrugada. Al amanecer se hizo un alto para permitirles algún descanso. Los frailes, particularmente los ancianos, estaban casi agotados. Por fin llegaron a Chang Ko Chuang, donde fueron encerrados, cobo un rebaño, en sórdidos camaranchones,

permaneciendo así tres días bajo una estrecha guardia.

Fué allí donde el Hermano Bruno, lego chino, celebró las bodas de oro de sus votos finales; pero en un sentido que entristeció a la comunidad. La marcha nocturna bajo la pesada carga consumió las fuerzas del octogenario religioso. Tan pronto como dejó caer el fardo de sus hombros, entró en lo que todos adivinaron era la agonía. Fué enterrado el día de sus bodas de oro, sin misa ni ceremonia funeral de ninguna clase. Aun cuando la comunidad miraba siempre todas las cosas a través de «los ojos de la Eternidad» —que las ven a la luz de la gloria de Dios y el blanco resplandor del Juicio final—, no pudieron evitar su aflicción. Hubieran deseado vivamente cantar la misa de su cincuentenario y enterrarle con la patética sencillez del rito cisterciense, pero los rojos ordenaron emprender el regreso.

Volvieron a Yang Chia P'ing. Habiendo sido preguntados por Li T'ui Shih acerca de lo que vieron del régimen comunista en su excursión, las respuestas no pudieron ser muy expresivas, pues la mayor parte del camino lo hicieron en la oscuridad de la noche y con los ojos clavados en el suelo por llevar las espaldas dobla-



das por el peso. Y en el pueblo, permanecieron encerrados y vigilados.

Apenas llegados al monasterio se les encadenó. Como no había bastantes cadenas, para los que no alcanzaron se utilizó alambre, con el que se les ató fuertemente las muñecas. La muerte les hizo otra visita. El Hermano Clemente, que contaba setenta y cinco años, sucumbió pocos momentos después del regreso. El Hermano Felipe no tardó en seguirle.

—¿Murieron a consecuencia de las palizas?—preguntaban las gentes.

—No—les respondían rápidamente.

—¿De hambre y miseria?

—No, no.

—¿A consecuencia de la fatiga y la marcha nocturna?

—Tampoco.

—¿De qué murieron entonces?

Los labios del informador modulaban una impresionante frase china:

—«K'u ssu la»... (Murieron de pesadumbre.)

No puede extrañar que aquellos viejecitos murieran con los corazones rotos: su monasterio—que constituía para ellos la verdadera antesala del Cielo—estaba ocupado por los rojos, amenazado de destrucción y tal vez de completa demoli-

ción; la campana que, durante años y años sonara con toda regularidad para avisarles la hora de la oración o del trabajo, era escuchada ahora a todas horas, tañida con desenfreno por la soldadesca. En los oídos de los ancianos frailes, debía sonar como la voz de un amigo muy querido que se ha vuelto loco.

—«K'u ssu la»...

¡Sí; murieron de pesadumbre!

La acorralada comunidad no conoció tregua. La noche del 28 de agosto, los guardianes los sacaron de nuevo de sus encierros haciéndoles emprender otra marcha de cien millas chinas, sin que se les permitiera descansar un momento. Después de andar noche y día, alcanzaron Ta Lung Men, aldea situada sobre un contrafuerte de la Gran Muralla. Estaban a unas treinta millas al sur de Yang Chia P'ing, y el camino hasta ella no era demasiado penoso. Pero el segundo día les vió dirigirse hacia el sudeste por ásperos senderos entre montañas escarpadas. Una lluvia torrencial les empapaba y las violentas ráfagas de viento, apenas las permitían sostenerse en pie apoyados unos en otros. Pero sus guardianes les hacían seguir la caminata golpeándoles. Los más viejos del grupo quedaban rezagados por faltarles

las fuerzas, por lo que cuatro de los más jóvenes encontraron el modo de hacer unas parihuelas en las que transportar a sus ancianos y achacosos hermanos. Otros cuatro hicieron lo mismo. A todo esto, sólo se les daba de comer lo que los chinos llaman *kan fan,* alimento seco, compuesto de cereales sin caldo, verduras o carne. Al cabo de dos días, llegaron a T'ai P'ing Tsun, donde fueron alojados en verdaderas pocilgas.

Los guardianes les impedían hablar e incluso llegaron a prohibir a los frailes emplear el *pi-Hua*—lenguaje mímico—. Los rojos parecían sospechar que los monjes se entendieran por el movimiento de los labios y se ponían frenéticos al advertir que la mayoría de los trapenses rezaban incesantemente durante las horas de vela, y que hasta en sueños sus labios articulaban las palabras de sus plegarias habituales Cuando descubrían esos movimientos de los labios en la vigilia o en el sueño, cogían al «culpable» y le golpeaban brutalmente. Si algún otro lo había visto, le aplicaban el mismo castigo.

La noche del 6 de septiembre, el pelotón llegó al pueblecito de Ma Lai Tsun, situado en las altas montañas de la provincia de Hopèi. Apenas llegaron los cuatro mon-

jes que llevaban las parihuelas, llamaron con la mirada al sacerdote más cercano haciéndole fijarse en ellas. A pesar de su cansancio, el sacerdote procuró aproximarse y vió que el ocupante de las parihuelas estaba cubierto de sangre y con señales evidentes de muerte en sus facciones. Disimuladamente se acercó más, reconoció al moribundo y le dió la absolución. Era el Padre Guillermo, francés, de setenta años. No necesitó observarle demasiado para saber lo que había ocurrido. Uno de los portadores había resbalado en la oscura y angosta vereda. Al tropezar la cabeza del Padre Guillermo contra un saliente rocoso, se produjo una tremenda herida. El anciano, desangrado lentamente, entró en la agonía mientras atravesaban las montañas en la oscuridad de la noche. Le enterraron casi al minuto de morir y siguieron apresuradamente hacia Teng Chia Pu.

En este lugar permanecieron veinticinco días, alojados en casas ruinosas, con los cristales de las ventanas sustituídos por papel de arroz desgarrado y los techos llenos de goteras. Había empezado la estación de las lluvias y las noches en aquellos parajes montañosos eran intensamente



frías, pero no se les proporcionaron mantas.

Las formalidades de un proceso público empezaron de nuevo y los abatidos frailes hubieron de escuchar las mismas absurdas acusaciones y recibir las mismas palizas cuando contestaban la verdad.

—Ya vemos que no teméis a la muerte —gruñó uno de los oficiales—. Por eso preferimos golpearos y torturaros hasta que quedéis medio muertos, a ver si así recobráis la memoria y os ponéis de acuerdo con nosotros.

¿En qué querían que estuviesen de acuerdo con ellos los monjes? ¿En reconocer que la abadía de Nuestra Señora de la Consolación había «oprimido al pueblo»? ¡No, no! Querían que estuvieran de acuerdo con ellos en el ateísmo.

—Ya hemos visto que rezáis cuando se os pega—murmuró uno de los guardianes—. Parece que no sentís los diez primeros golpes; pero después que se os han dado cien, os acobardáis y pedís socorro a vuestro Dios, que no quiere o no puede ayudaros. Os lo podéis guardar para siempre Nosotros no creemos en El.

EL HOMBRE QUE SE PARECIA A CRISTO

Mucho antes de que las estrellas brillaran en el firmamento o las aguas del Océano se hicieran salobres, había sido elegido Teng Chia Yu para presenciar la muerte de cinco legos y un sacerdote chinos, otro francés y otro canadiense. Dios llamó a Sí a los Hermanos Conrado, Jerónimo, Marcos, Luis Gonzaga y Bartolomé, liberándoles del martirio y las vejaciones a que les sometieron los rojos en aquel villorrio.

Los comunistas designaron a varios trapenses para llevar los cadáveres fuera del pueblo y cavar sus sepulturas. Los soldados estaban indignados a causa del tiempo frío y lluvioso. Insultando y golpeando a los enterradores les ordenaron cavar una zanja de sólo un pie y medio de profundidad, en la que arrojaron a puntapiés tres de los cuerpos, mandando a los trapenses cubrirlos con una capa de tierra. Las lluvias continuaron y pronto aquel montón de tierra fué arrastrado. Los lobos y los perros salvajes descendieron de las cimas para devorar los cadáveres. Algunas buenas gentes de la vecindad avisaron a los guardianes, quienes los azuzaron para echarlos. Pero en seguida los hinchados y desgarrados cuerpos empezaron a heder

tan terriblemente, que incluso las narices de los bárbaros se sintieron molestas. Un destacamento de monjes fué llevado a media noche, para cavar una fosa más profunda y enterrar los mutilados despojos.

Las muertes de los tres religiosos fueron notables en varios aspectos. El Padre Esteban—el primero en morir—era un francés de unos sesenta años. Durante sus últimos seis meses en Yang Chia P'ing se sintió tan atormentado por los escrúpulos de que no podía decidirse a decir misa ni recibir los Sacramentos. Indudablemente, fué la última purificación que Dios le impuso antes de enviarle al martirio. Mientras se le transportaba en una camilla por los vericuetos que subían a Teng Chia Yu, se sintió hundirse en las angustias de la muerte. En una curva del estrecho camino, que sólo permitía el paso de la camilla y sus portadores, llamó a uno de éstos indicándole que deseaba hacer su última confesión. El Padre Sebastián se dirigió a la cabecera de las parihuelas. Hizo una seña a los otros para que anduviesen más despacio mientras él se inclinaba sobre el enfermo a fin de escuchar la última confesión del Padre Esteban. La paz y la alegría iluminaron el

rostro del anciano cuando el Padre Sebastián le dió la absolución. Y todos cuantos conducían las parihuelas se sintieron fortalecidos para hacer el resto del camino. Todos habían sentido la Presencia de Dios, y la Gracia Divina aumentó sus fuerzas.

El sacerdote chino Padre Amelio, que murió después, tenía sesenta y cinco años, pero estaba muy fuerte y erguido para su edad. Su muerte no se debió a las palizas, al hambre, a las marchas forzadas o a los interminables interrogatorios, sino—como les ocurre a muchos chinos viejos—a un derrumbamiento del sistema nervioso a causa de la amargura y la tristeza de ver que sus guardianes y torturadores eran jóvenes chinos.

La muerte del Padre Alfonso sirvió de estímulo para todos los demás frailes de la maltratada comunidad. Ocho o nueve años atrás, el P. Alberto L'Hereux, S. J. obtuvo el permiso de sus superiores jesuítas y de la Santa Sede para retirarse de la predicación y la enseñanza en la misión de Hanchow y dedicarse al apostolado de la penitencia y la oración. Entró en Yang Chia P'ing cuando tenía cerca de cuarenta años de edad, y durante casi una década asombró a la comunidad de trapenses con su capacidad de trabajo. Aquel robusto

franco-canadiense podía hacer en una tarde en el campo mucho más que tres chinos en dos días. Pero no era sólo su capacidad de trabajo lo que edificaba a la comunidad, sino también sus facultades para la plegaria. Nada más llegar de los campos al monasterio, lo primero que hacía era dirigirse al altar de Nuestra Señora. Después de pasar largo rato en extático coloquio con Ella, se trasladaba al altar del Sagrado Corazón para demostrarle su amor y su devoción. Por pureza de conciencia y para ganar la Gracia, se acercaba diariamente al confesonario para recibir el sacramento de la Penitencia.

Cuando la comunidad llegó a Teng Chia Fu, el Padre Alfonso fué separado de los demás y arrojado a un lugar aparte, por padecer una horrorosa disentería que le tenía a las puertas de la muerte. Sus heces eran una mucosidad blancuzca. Durante días y noches permaneció en una absoluta soledad, sin una manta ni un medicamento. El viernes 12 de septiembre, un joven guardia rojo entró en el calabozo de los otros monjes para decir que uno cualquiera de ellos podía ir a llevar la comida al enfermo. Acudió un sacerdote, que con el alimento llevó al Padre Alfonso lo que deseaba su espíritu: la abso-

lución y la Bendición Apostólica para los moribundos. Nada más recibirlas, el Padre Alfonso miró sonriente a su cofrade y le dijo:

—Moriré mañana que es el día de María. La muerte me hará dichoso y en el Cielo pediré por todos vosotros. ¡Sed valientes!

En efecto, murió el sábado trece. Cuando el joven guardia rojo vino a comunicárselo a los demás frailes, hablaba con suavidad, casi con reverencia.

—El hombre — dijo lentamente — ha muerto tranquilo. Se parecía a ese otro Hombre que tenéis «puesto en un diez» en Yang Chia P'ing.

¡Qué bien entendieron todos la ruda descripción! Los chinos escriben la cifra diez con una cruz vertical. «Shih-tzu-chia —puesto en un diez—quería decir el crucifijo ¡Lo que el joven comunista había dicho a la comunidad, era que el Padre Alfonso se parecía a Jesucristo!

El Hermano Marcelo y otros tres trapenses acudieron adonde yacía el cuerpo. Tenía las piernas cruzadas, y el pie derecho contraído encima del izquierdo. Las muñecas hinchadas, retorcidas sobre el pecho. Sus facciones, ofrecían una extraña hermosura. ¡También los monjes re-

cordaron a «Shih-tzu-chia»—el Hombre puesto en un diez!

Pero no fué sólo el monje muerto quien tenía las muñecas hinchadas. Algunos otros frailes, conservaban las manos atadas con alambres desde el 23 de julio. Y con ellas así, a la espalda, habían hecho las largas caminatas sobre las montañas, permanecido en las húmedas chozas que les servían de prisión, durmiendo en las cochiqueras y obligados a comer como los animales el escaso rancho.

El Padre Serafín fué conducido una y otra vez a Teng Chia Yu y sometido a torturas en veinte ocasiones diferentes. Cuando volvió con sus compañeros nada les dijo, pero durante varias horas su cuerpo temblaba de dolor, y, de vez en cuando, exhalaba gemidos angustiosos. Al verle mejorar al cabo de unas semanas, la ferocidad de sus verdugos aumentó. Le amarraron los pulgares con alambres detrás de la espalda y lo mismo le hicieron con los dedos gordos de los pies. Finalmente, le ataron otro alambre desde las manos a los pies, de manera que el desgraciado sólo podía estar tendido en el suelo o andar de rodillas.

También al Padre Crisóstomo se le infligieron refinadas torturas. Todo el tiem-

po permaneció encerrado a solas en un sucio y oscuro cuchitril. En una ocasión que pidió una manta para poder dormir, pues no podía echarse sobre la inmundicia de los animales. le contestaron:

—No sabemos de qué te quejas, pues lo natural es que vivas y duermas como los cerdos.

Asimismo, al Padre Damián le ataron las manos a la espalda desde el primer momento, sin desatárselas jamás. Como pocos años antes se le congelaron los pies, andaba con mucha dificultad y muchos dolores. Cuando llegó a Teng Chia Yu sólo podía arrastrarse sobre las rodillas, por lo cual le apalearon y le encerraron solo, como al Padre Crisóstomo, en una cochiquera. Es horrible imaginar cómo el pobre fraile se movería en la estrecha pocilga con las manos atadas a la espalda y los pies doloridos, que se negaban a sostenerle

FUEGO Y VENENO

Estaba acabando septiembre. Durante casi todo el mes, llegaron hasta los prisioneros rumores de que Yang Chia P'ing había sido destruído. Con la nobleza y lealtad

de sus almas amantes, se resistían a creerlo. Li T'ui Shih, el oficial rojo, responsable principal del trato dado a los trapenses, se complacía en repetir la mala nueva a los monjes, y en vista de que no le daban crédito, cogió a tres de ellos y fuertemente vigilados, los hizo subir a lo alto de una montaña, desde la que se divisaba el monasterio. Era por la mañana. El sol daba de lleno en la lejana cima. Los monjes, miraron hacia Yang Chia P'ing, entornando los ojos deslumbrados, dudosos todavía. Pero lo que vieron les anonadó. Nuestra Señora de la Consolación era un montón de ruinas. Sólo el establo de las mulas y las paredes de la capilla permanecían en pie. El resto eran escombros y ceniza.

El 1 de septiembre, una columna de tropas del Gobierno llegó a Yang Chia P'ing. expulsando a las hordas rojas que habían prendido fuego al convento, después de sembrar de minas sus alrededores para evitar que alguien intentase extinguir las llamas. La abadía quedó completamente destruída. La radio comunista china se apresuró a desmentir por todo el mundo su responsabilidad en el hecho, achacándolo a las tropas gubernamentales. Pero los habitantes de las aldeas inmediatas—los mismos que le habían ofren-

dado las lápidas conmemorativas calificando el monasterio como «un instrumento de generosidad y benevolencia»—dijeron la verdad, explicando cómo los rojos les forzaron a ayudarles a encender la hoguera, haciéndoles presenciar cómo las llamas devoraban aquel monasterio que les había proporcionado beneficios «mayores que las montañas» con su inagotable caridad.

Los tres frailes jóvenes regresaron a Teng Chia Yu con los corazones apesadumbrados y comunicaron la triste verdad a sus compañeros.

Los soldados rojos se reían con estrepitosas carcajadas:

—Yhang Chia P'ing está arrasado y nunca se reconstruirá. Dentro de poco no habrá una iglesia católica en nuestro territorio.

Que éste era el verdadero objetivo de los rojos lo demostraba el hecho de que los oficiales se manifestaban abiertamente agresivos contra la Iglesia Católica, insultando de manera especial a Pío XII, al arzobispo de Nanking y a Wu-Ching-hsiung, ministro de China en el Vaticano. Las mayores atrocidades se cometieron ahora contra los religiosos de la comunidad, justificándolas con la afirmación de

que eran oficiales de una Iglesia a la que combatía el comunismo.

Por alguna razón desconocida, la sentencia de muerte dictada por el «tribunal popular» en la capilla de Yang Chia P'ing no fué sancionada por el Alto Mando comunista. Como el invierno se acercaba, los oficiales subalternos de Teng Chia Yu estaban impacientes por verse libres de los frailes y evitarse incomodidades. El 10 de octubre, todo el grupo fué trasladado veinte millas al Norte, al pueblo de Mu Chia Chuang. Los legos y novicios fueron distribuídos en pequeños grupos de cinco o siete y enviados en distintas direcciones a las casas de sus parientes. En cambio no se puso en libertad a ningún profeso. Antes al contrario, la muerte repentina debía llegar allí para muchos de ellos.

El Padre Antonio Fan, Subprior de la comunidad, era un hombre fuerte. A pesar de los tres meses de prisión, palizas, malos tratos y falta de sueño, había sido capaz de llevar en brazos a varios frailes de los más viejos hasta Teng Chia Yu. ¡Y, sin embargo, a los tres días de llegar, murió! ¿Cómo podía explicarse aquel final inesperado? El día 10 parecía un Sansón. El 13 era un cadáver. ¿Estaría la clave en los alimentos? La noche del 13 comió

lo que le sirvieron y casi inmediatamente se quejó de una sed rabiosa, a la que siguió alta fiebre y delirio, A las pocas horas, el Padre estaba con Dios.

Cinco días después ocurrió algo análogo al Padre Agustín Faure. Era un hombre cuyo nombre no podía pronunciarse por los supervivientes sin un cálido afecto expresado en un susurro. Había sido maestro de novicios de casi todos ellos y actuaba como Superior desde el encarcelamiento. ¿A qué se debía que el alimento, igual para todos, hiciera sólo un mortífero efecto al venerable anciano y al Subprior? ¿Cuál era el origen de aquella extraña sed, seguida de delirio y súbita muerte? ¿No sería que se les administró un veneno?

III

Y TU

Todos los hechos que acabas de leer fueron recogidos por el Padre Carlos J. Mc Carthy, S. J. en Peiping, de labios del Hermano Joaquín, joven novicio de Nuestra Señora de la Consolación, testigo presencial de cuanto describía, a quien los rojos mandaron a finales de octubre a vivir con su familia en la capital.

En los cuatro meses que siguieron a su liberación, otros quince miembros de la comunidad fueron asesinados por los rojos por idénticas «viejas ofensas»—jamás probadas—a las que motivaron su detención en julio. Primero fueron martirizados seis Padres, cuyos cuerpos se arrojaron a una cloaca. Entre ellos figuraban los dos heroicos Padres Serafín y Crisóstomo. Los comunistas sentían una especial aversión por ambos, demostrándola has-

ta el final. Cuando les llegó la hora de morir, los rojos les hicieron tenderse en el suelo con las cabezas apoyadas en una roca y dejaron caer sobre ellas unas pesadas y afilidadas piedras que les aplastaron los cráneos, separando las cabezas de los troncos.

Según los incompletos informes, dieciséis de los dieciocho Padres fueron asesinados, lo que hace un total de treinta y un muertos en una Comunidad formada por setenta y cinco religiosos. ¿Los mataron como decían por ser «opresores del pueblo»? ¡No! ¡Los mataron porque servían y adoraban a su Dios!

* * *

Ahora ha llegado el momento de que te enfrentes contigo mismo y te preguntes qué piensas de esos rojos. ¿Sabes quiénes son y dónde están? ¿Sabes que la lucha que fomentan, la tienes frente a la puerta principal e incluso en el patio de tu casa, y no es una lucha entre naciones o pueblos, sino entre los hombres que aman a Dios y los que le odian; una lucha entre los inspiradísimos Profetas de Israel y el Gran Jerarca del Nuevo Testamento contra los paganos filisteos del soviet; una

lucha, en fin, entre Jesucristo y el anti-Cristo? ¿Comprendes que el comunismo significa algo esencialmente anti-Dios?

¡Escucha! ¡Escucha! En 1924, Zinoviev, uno de los jefes bolcheviques, formuló la siguiente amenaza:

«Lucharemos contra Dios en el momento oportuno. Le venceremos en lo más alto del cielo, y aunque busque refugio en la tierra le perseguiremos y aniquilaremos por los siglos de los siglos.»

Desde luego, la amenaza era estúpida, pero típicamente comunista.

Nada hay más grotesco que las bravatas de un enano. ¡Su naturaleza débil y miserable, amenazando con sus mezquinas fuerzas a la Omnipotencia de Dios! A cuantos conozcan cierta historia—medio sagrada, medio profana—les recordará el grito del Arcángel San Miguel y su milicia: «¿Quién como Dios?», y nos hará sentir el olor del humo del infierno.

Una vez, el primer comisario soviético de educación, Anatolio Lunacharsky, vociferaba blasfemando:

«Odiamos al cristianismo y a todos los cristianos. Al mejor de éstos debemos considerarle como el peor de nuestros enemigos... Los mayores obstáculos para el desarrollo de nuestra revolución son el

amor y la piedad cristianos... ¡Abajo el amor al prójimo! Lo que nosotros queremos y necesitamos es odiar.»

Y Krylenko, el fiscal de los soviets, exclamaba despectivo:

«¡Escupo sobre todas las religiones!»

Después de transcribirte estas frases de los dirigentes soviéticos, no será necesario subrayar que la única característica indeleble del comunismo es su inalterable, inextirpable y diabólica aversión hacia Dios y todas las cosas de Dios. Ahora, piensa: ¿Qué has de hacer tú, como creyente en la Divinidad para salvar a América de ese azote? ¿Te amas a ti mismo lo bastante para proteger a tu Dios?

Ya sé que Dios está en su Gloria. Pero también que no se siente satisfecho con el mundo. ¿Cómo podría estarlo cuando El, que está por encima de todas las cosas, se ve menospreciado por los hombres, a quienes hizo a su lado, por los hombres a quienes entregó a su Unico Hijo amadísimo, ofreciéndoles su santo espíritu como luz y guía, y que no comprenden su infinito Amor? Orgullosos como el propio Lucifer, esos hombres se yerguen y alzan los puños contra el cielo, negando la existencia de la Trinidad que les dió la vida.

Esos hombres, satánicamente soberbios

y locos, hablan de hacer un paraíso terrenal, pero sólo para la tierra. Y en cada sitio en que lo intentan, sólo consiguen crear un infierno terrenal, en donde se degrada indeciblemente al hombre y se ultraja increíblemente a la mujer. Su Unión Soviética es el imperio de la brutalidad totalitaria donde, en la espesa tiniebla del que no conoce la razón, los hombres pasan desde el máximo prestigio a la prisión abyecta, desde los puestos eminentes al cadalso, desde la jerarquía y el dominio a la desesperación y la muerte. Su régimen es una oligarquía, donde, incluso el jefe supremo de los asesinos, vive en constante terror de ser asesinado. Es un reino donde todos los súbditos tienen el alma oprimida, fuera de sí, y se sienten esclavos, cobardes, inermes, desesperados y rastreros. Es un país que desconoce la ley y el orden y en el que imperan la confusión, la retrogradación y la reacción. Es el caos, la subyugación, la perversión y la barbarie. Tal es el paraíso que los comunistas han creado al otro lado del océano y tal es el que crearán en los Estados Unidos si tú no lo impides.

¿Quieres que América se vuelva, como Rusia, una región de horror, depravación y miseria? ¿Quieres que la censura, el

hambre y la esclavitud, que constituyen las normas de la Unión Soviética, lleguen a serlo también un día de los Estados Unidos? ¿Aspiras a que tu patria se convierta, como Rusia, en un país donde la libertad ha muerto?

¡Rusia es el infierno, porque ha desterrado a Dios, y su lugar lo ocupa el Estado «omnipotente y omnipresente»! Sí; «omnipresente», pues un millón de espías coartan el pensamiento y la palabra, acechando en todas partes: en las calles, en las tiendas, en el teatro, en los restaurantes e incluso en los hogares. Una simple palabra de cariño, una canción trivial, un suspiro de preocupación por la angustia del Universo o una nostalgia de los días idos, pueden llevar a toda una familia a la muerte y a algo peor que la muerte: el campo de concentración. ¡Más de veintitrés millones de ciudadanos rusos gimen, tiemblan y tiritan en la gélida Siberia, esperando la muerte!

¿Qué significa todo esto para ti? Monseñor Fulton J. Sheen, ha probado que «el comunismo está sobre la conciencia del Oeste». Esto no significa mucho para la mayoría de los occidentales, pues hay muchas conciencias atrofiadas. Quizá tampoco signifique mucho para ti, por ser de-

masiado abstracto. La verdad es real, HORRIBLEMENTE real. El comunismo ESTÁ sobre nuestras conciencias. Esta horrible verdad necesita concretarse... Permíteme intentarlo:

La vida en las tinieblas de más de ciento setenta millones de hombres desamparados y mujeres desesperadas, que habitan tras el telón de acero; los casi innumerables niños que jamás conocerán lo que es ser humanos; esos desdichados esclavos que gimen bajo el látigo del monstruo que domina la Rusia roja, son víctimas no solamente de la insaciable ansia de poder de éste, sino también de nuestra falta de valor moral y perspicacia espiritual.

En un sentido real, la sangre de los treinta y un frailes de Nuestra Señora de la Consolación de Yang Chia P'ing, mancha NUESTRAS manos. Nosotros alzamos las estacas que con sus golpes llenaron de cardenales el cuerpo del Padre Serafín y ocasionaron el desvanecimiento de María Chang. Nosotros arrojamos la piedra que hendió la cabeza del Padre Crisóstomo. Nuestras eran las manos que envenenaron la comida de los Padres Agustín y Antonio. Sí, nosotros; pues con nuestro silencio sostuvimos a Stalin y a sus furiosos esbirros.

—¿Hay un programa positivo que podamos seguir?—me preguntarás con mucha razón

Mi respuesta es instantánea:

—¡Lo HAY! ¡Y procede del Cielo!

Si nosotros creemos realmente que el americanismo es un credo mucho mejor que el moscovismo; que los diez Mandamientos y la moralidad valen mucho más que la bestialidad comunista; que el Sepulcro vacío de la muerte y la Resurrección de Cristo proporciona más Fe, Esperanza y Caridad que el marmóreo mausoleo que contiene la contraída momia de Lenin ante los muros de ladrillo rojo del Kremlin; si creemos en la libertad de los hijos de Dios más que en la esclavitud de los engañados por aquellos hombres; si creemos en todo eso, digo, cambiaremos esta Babilonia de la moderna América en una moderna Nínive. ¿Sabes tú lo que esto quiere decir? Quiere decir que debemos rezar y hacer penitencia por todos nuestros pecados de omisión y por todos los pecados de acción del resto del mundo.

Ahora bien, esta misión de oración y penitencia no corresponde exclusivamente a los trapenses. Como acabo de decirte, este programa procede del Cielo. Hace ya años, Pío XI nos decía una y otra vez que

debíamos rezar y hacer penitencia, si no queríamos entregar el mundo a las fuerzas del orgullo y la destrucción. No le escuchamos. Los escombros de tres continentes y las enrojecidas aguas de siete mares, son la respuesta a nuestra negligencia. Pío XII nos ha dicho que Dios necesita de nosotros, pero nosotros no le hemos escuchado. La Madre de Dios descendió de los cielos y apareció en Fátima, pidiendo solamente lo que yo te pido, lo que Pío XI y Pío XII te habían pedido, pero prometiendo algo que ninguno de nosotros podía prometer: la conversión de Rusia y la paz del mundo entero. Aparentemente, nosotros nos despreocupamos de ello y por eso, la Señora volvió a presentarse otra vez hace muy poco tiempo a un joven carmelita en las Islas Filipinas, pidiéndole de nuevo lo mismo que antes había pedido: que rezásemos e hiciésemos penitencia. ¿Lo harás ahora?

* * *

Escucha amigo mío: las últimas luces se apagan en el Vaticano a las dos de esta madrugada. Bajo ellas, el Papa Pío XII ha estado desembrollando los problemas del mundo. Quizá, como nadie en

el mundo. Su Santidad sabe cuántos absurdos cometen los pecadores. Se preocupa por los habitantes de los seis continentes y de las islas de los siete mares. Y sufre por ellos.

La primera luz se enciende en Getsemaní a las dos de esta madrugada. Bajo ella, ciento sesenta y cinco trapenses piden a Dios por el mundo. Ellos no saben los absurdos que cometen los pecadores, pero sí saben que el alma de todos y cada uno de los habitantes de los seis continentes y de las islas de los siete mares, fueron compradas al precio de las Manos y los Pies clavados y el Corazón atravesado del Hombre-Dios. Y sufren por El...

Pero ni la cabeza visible del Cuerpo Místico, ni nosotros, sus más escondidos miembros, sufrimos por las persecuciones y los perseguidos del día; mucho más profundamente aún sufrimos por los perseguidores. Realmente, no injurian a los cardenales, a quienes drogan; ni a los sacerdotes, a quienes encarcelan; ni a las monjas, a quienes degradan; ni a los católicos, a quienes matan: sólo se perjudican a sí mismos. Nosotros sabemos que la historia se repite. Fuimos perseguidos por Nerón, Valerio, Vespasiano y Diocleciano. Hubimos de esconder a Dios en las catacumbas. Pero los mártires que murieron bajo aquellos tiranos, están con Dios en el Cielo por los siglos de los siglos, y aquí en la tierra en nuestros altares. ¿Qué fué de Nerón Valerio, Vespasiano y Diocleciano? ¿Comprendes por qué y por quiénes tememos?

Sabemos con infalible certeza que las puertas del Infierno no prevalacerán contra nosotros, pero lo que no sabemos es detrás de cuántas almas esas puertas pueden cerrarse. Por eso, rezamos y hacemos penitencia. Por eso, estamos apesadumbrados. ¿Te unirás a nosotros ahora?

Lo que ocurrió en China también puede suceder aquí. El destino de los monjes de Nuestra Señora de la Consolación puede ser también el destino de los frailes de Nuestra Señora de Getsemaní Si así ocurriera, la culpa sería nuestra. Pues nadie ha sido advertido tan constante y firmemente como América y los americanos. ¡Si la horda roja asolara nuestro país, tú sabes de quién será la culpa!

Una vez preguntaron a León Bloy qué vaticinaba para mediados del siglo XX. Su respuesta fué lacónica y espantosa: «Los cosacos y el Anti-Cristo.» Ya tenemos a los primeros. Al segundo, podemos detenerle con la oración y la penitencia.

Habrás visto que los monjes no tememos al martirio: ¡lo deseamos! Hasta los rojos de China lo advirtieron. Pero lo que sí tememos es la miseria en que algunas almas se están hundiendo y los ultrajes que infieren a Nuestro Señor. Tú puedes ayudar a esas almas y honrar a Dios haciendo lo que su Madre y Madre de todos los hombres, te pidió que hiciese. Como *hombre*, ¿qué contestas al alegato de los monjes silenciosos? Como *hijo*, ¿qué respondes a tu Madre? Como *cristiano*, ¿cuál es tu respuesta al Cristo a quien Pascal veía justamente «en agonía hasta el final de los tiempos»?

¿Tienes un rosario? ¿Lo rezas por su Madre y la tuya?

¿Renunciarás a ti mismo por el amor de Dios, por el amor del prójimo y por la salvación de tu alma?

Esa es la oración y la penitencia que se te pide.

Basta esto, para aplastar al comunismo y salvar al mundo. ¿Te negarás a hacerlo?

INDICE

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS
TALLERES GRÁFICOS HALAR, DE MADRID,
EL DÍA 5 DE ENERO DE 1954, VÍSPERA
DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR.

«Lo que más sorprende quizá en los libros del Padre Raymond, y de manera especial en estos opúsculos, es su perfecto conocimiento de los hombres y de los problemas del mundo actual — debidos en su mayor parte a una crisis del espíritu cristiano—, casi incomprensible en un religioso encerrado tantos años tras los muros herméticos de su apartamiento claustral y alejado del comercio con el torbellino de la vida moderna...»

«Lo que jamás se encontrará en las palabras del Padre Raymond—como en las de ninguno de los verdaderos escritores católicos—es la gazmoñería, la mogigatería, la timidez verbal y conceptual de quienes se obstinan todavía en no considerar al Catolicismo como lo que es: una fuerza viva, ardiente y combativa. Para el Padre Raymond, como para los santos y los místicos españoles, la Religión no puede ser un blando conformismo aparente, sino una dura e imperiosa exigencia íntima y una auténtica fiebre exterior» *(Del prólogo a la «Colección Trapense» del señor Ximénez de Sandoval).*

De algunas de estas obritas han llegado a venderse en Norteamérica más del millón de ejemplares. Nada tan elocuente como esta cifra.